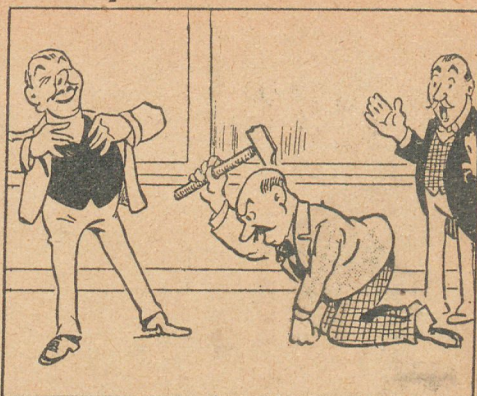
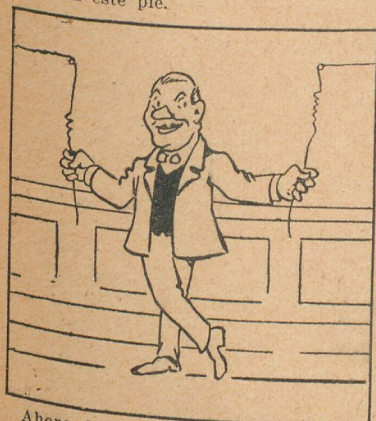




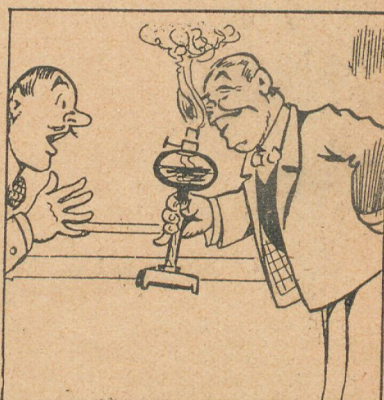
—Cuando estuve en la India, haciendo mi campaña número siete, aprendí el arte de los faquires que resisten imperturbables todos los martirios. Soy faquir. Tomen un martillo y golpéenme con fuerza en este pie.



Siga dando, si le agrada, filantrópico amigo.



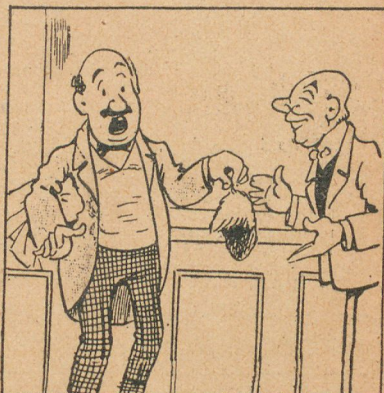
Ahora, haga pasar por mi cuerpo una corriente eléctrica capaz de matar á cuatro ó cinco toros reproductores.



No se alarme. Esto es un descanso. Me estoy quemando la nariz en la lámpara y eso que su "kerosene" es el corriente falsificado.



Para terminar, le ruego, querido amigo, que me arranque uno á uno todos los cabellos. No se entusiasme tanto en la operación dando prueba de su bondad. Algún ascendiente suyo debió de ser un indio arrancacabelleras.



¿Ve usted? Tiró tanto que me arrancó la peluca.

Mi nariz es de plata, mi brazo y mi pie son de caucho. El haber perdido esas cosas en la guerra, me permite la satisfacción de ser faquir.